

BOLETÍN NACIONAL DEL REQUETÉ



AÑO I — NUM. I

JULIO DE 1956

MADRID



Al iniciar su publicación, el Boletín Nacional del Requeté dedica sus primeras páginas, con disciplinado y reverente saludo, a S.M. el Rey D. Javier.

Por encargo de D. Alfonso Carlos fué él quien, con la eficaz colaboración de don José Luis Zamanillo, organizó y puso en pie de guerra a los miles de requetés que el 18 de julio llenaron de boinas rojas los campos de España. Firmó con el general Mola el compromiso que comprometía a la Comunión Tradicionalista a colaborar con el Ejército en el Alzamiento, y trabajó incansablemente por dotar de armas a las milicias.

Aprendan estas verdades quienes pretenden desconocerlas. Nosotros a ellas nos atenemos para proclamar nuestra lealtad inquebrantable.

Presencia del Requeté

Nunca ha estado ausente el Requeté. Aun en los momentos de mayor calma política, ha tenido montada la guardia de su fe inmovible y de su fundada esperanza. Terminada la Cruzada, era humano buscar un descanso. Sin embargo, no faltaron quienes mantuvieron la organización y el fuego sagrado del entusiasmo en medio de persecuciones y de, lo que aún es peor, halagos y promesas. Así hemos llegado, con la ayuda de Dios, al vigésimo aniversario del 18 de Julio.

A nadie se le oculta que estamos viviendo momentos transcendentales. Diversos sucesos ocurridos este invierno han removido las aparentemente tranquilas aguas de la política nacional. Han sacado a la superficie errores de fondo y han hecho pensar. Toda persona responsable siente hoy honda preocupación por el porvenir de la Patria. El sesteo del orden callejero y de los negocios fáciles se ha terminado.

Ante tal situación, de nuevo hace acto de presencia pública el Requeté. Las concentraciones que acaban de celebrarse en Montserrat y Montejuirra, con mucha mayor asistencia que en años pasados, las que, Dios mediante, van a tener lugar en Villarreal, en Begoña y en otras regiones, son pública e incontrovertible demostración de nuestra existencia y de nuestra pujanza. Y salimos a la palestra con el mismo espíritu y la misma decisión de vencer que hace veinte años. Veteranos, unos, de la Cruzada, sabemos infundir ese espíritu a las nuevas generaciones que llegan a nuestras filas, como supimos recibirlo de nues-

tros antepasados. La antorcha de la Tradición pasa de mano en mano, pero no se apaga.

El 18 de Julio de 1936, con el Ejército y la Falange, salimos a luchar contra los enemigos de Dios y de España. Dejamos en el campo una muchedumbre de muertos gloriosos, héroes anónimos para el mundo, pero no ante Dios que es lo importante. Su recuerdo está hoy más vivo que nunca en nosotros y es acicate poderosísimo que nos empuja a impedir que su sacrificio sea estéril. Los que actuamos en la guerra, también tenemos algo que hacer en la paz. Y lo primero de todo, conseguir que aquélla no sea infecunda para el bien de la Patria y pueda quedar sin justificación ante la Historia.

Por lo demás, nada nuevo tenemos que explicar. Amigos y enemigos bien nos conocen. Para todos, el Requeté tiene valor acreditado. Pero no sólo para la acción y la lucha. No somos tribus guerreras que pelean por instinto o por simple afán destructivo. Nuestra moral combativa se basa y sirve unos principios doctrinales salvadores de la Patria.

Al iniciarse la publicación de este BOLETÍN, expresión de nuestros anhelos y lazo de unión de nuestra organización, queremos expresar nuestra lealtad inmovible y pronta obediencia a nuestro Rey, don Javier. El nos dio la orden de combate el 18 de Julio. Y lo mismo que entonces, comenzamos esta nueva etapa, gritando a pleno corazón:

¡VIVA CRISTO REY! ¡VIVA ESPAÑA! ¡VIVA EL REY!

CONTRIBUCION DEL CARLISMO

AL ALZAMIENTO NACIONAL

Tercios de Requetés

Montejurra
 San Fermín
 Lacar
 Navarra
 Virgen del Camino
 María de las Nieves
 Roncesvalles
 Lesaca
 Del Rey
 San Miguel
 Santiago
 Abarzuza
 Mola
 San Ignacio
 Zumalacárregui
 Oriamendi
 Ntra. Sra. de Begoña
 Ntra. Sra. de la Antigua
 Ortiz de Zárate
 Ntra. Sra. de Estibaliz
 Virgen Blanca
 Ntra. Sra. de Valvanera
 Ntra. Sra. del Pilar
 San Jorge
 Almogávares
 Del Alcázar
 María de Molina
 Numancia
 Marco de Bello
 Ntra. Sra. de Montserrat
 Ntra. Sra. Desamparados
 Ntra. Sra. de Covadonga
 Cristo Rey
 Santa Gadea
 Móvil
 Burgos-Sangüesa

Mola (Palencia)
 Ntra. Sra. del Camino
 Virgen de los Reyes
 Virgen del Rocío
 N.ª S.ª Begoña (Alava)
 Ntra. Sra. de Guadalupe
 Santiago (Aragón)
 Vol. Santiago (Huesca)
 Arlabán
 San Rafael
 San Marcial
 La Coruña
 Ap. Santiago (Galicia)
 Isabel la Católica
 Numantino
 De Avila
 De Pontevedra
 De Valladolid
 De Salamanca
 Santa María la Real
 Ntra. Sra. de la Victoria
 Ntra. Sra. de la Merced

Escuadrones de Requetés

Cáceres
 Sevilla
 Málaga
 Cazadores

Zapadores

Partida de Barandalla

Guerrilleros del Alto Tajo

Margaritas de Frentes y Hospitales

A los veinte años

Los Requetés estarán siempre al servicio de la Patria, como lo estuvieron hace ahora veinte años, en 1936, y como lo han estado desde hace más de un siglo. Esta fidelidad y constancia son garantía firme de lealtades personales, y de doctrina perenne fundada en principios que no envejecen.

Lejos de envejecer, muestran una sana juventud. Por eso la sienten nuestros jóvenes. Esta doctrina inspirará la Monarquía del futuro. De un futuro, que no ha de precipitarse imprudentemente. Los carlistas nunca tuvieron prisa, ni frivolidad, ni ambiciones mezquinas. Siempre supieron dar tiempo al tiempo, porque saben que lo que no se hace con el tiempo, el tiempo no lo respeta.

Esta doctrina monárquica, es la verdaderamente popular. Por eso la defienden los carlistas, que son pueblo auténtico. Sobre este cimiento popular, sincero y generoso, se asentará la Monarquía. Y sólo así, podrá tener estabilidad, y lograr la unión y la paz espiritual de los españoles.

Cueste lo que cueste, como dicen nuestros himnos. Dios premiará este esfuerzo de tantos años. Tanta generosidad en el esfuerzo no puede quedar sin el premio de Dios. Ni sin el reconocimiento de los españoles de buena voluntad. Llegará ese día, en que se acaben las divisiones del siglo liberal, que ha sido el siglo de nuestra descomposición interna. Los carlistas quieren la unión de todos en la justicia y en la paz. Por eso son una Comunidad, que busca el bien común de la comunidad social, y no un partido, porque no quiere partir nada. Esta unidad, que quiere comprender a todos, en un abrazo de paz, es la corona de la monarquía carlista. Tradicional, popular, sentida por la Nación, protectora de los intereses y necesidades de todos, defensora de la justicia, amparo del pueblo, y fiel a la ley de Dios.

NOTAS

SOBRE LA DOCTRINA SOCIAL DEL TRADICIONALISMO

La doctrina social del Tradicionalismo español es la más auténtica, porque no está basada en el deseo demagógico de adular a las masas para mantener una victoria electoral, o para preparar una revolución, en la que los únicos que mueren son los propios obreros, pero nunca los líderes que los lanzaron a la lucha. Tampoco se basan sus postulados en el afán de mantener sometidos a los desposeídos, para consolidar situaciones de privilegio, como en el capitalismo.

El primer hecho digno de tenerse en consideración es el de que las gentes que forman en el carlismo son, en su mayor parte, de ambientes y situaciones modestas. La simple asistencia a una de sus concentraciones sería suficiente para comprobarlo. La mejor definición del carlismo diría que es como una gran familia regida por el afecto y, por tanto, en la que todos los deseos y anhelos son atendidos con espíritu de favorecer y de ayudar, y en la que las relaciones entre aquéllos que la componen están fundamentadas en el amor, después de ser superada la justicia. El Rey mismo, en el pensamiento tradicional y en los documentos reales, es una figura que atiende y entiende las necesidades y súplicas de sus súbditos, y se preocupa personalmente por resolverlas con el mejor criterio. No es el Rey sol, que da calor, pero desde su altura. El calor del Rey en el carlismo nace de su amor al pueblo, con el que convive, de su sentido de servicio a la comunidad que rige.

La ordenación social del carlismo descansa, ciertamente, en el reconocimiento de unas jerarquías auténticas, logradas por cada uno según el trabajo cualificado que desarrollan al servicio de la comunidad. Por eso no

hay en él castas, y las clases o grupos sociales no son cerradas, sino abiertas, estableciendo, frente a la injusta igualdad del liberalismo (teórica, lo mismo que la del comunismo), la igualdad de posibilidades para alcanzar las posiciones a que se tiene legítimo derecho. El privilegio sin causa no tiene cabida dentro del tradicionalismo. Cada situación especial corresponde a un servicio extraordinario. Lo contrario sería injusto, y nosotros hablamos de justicia social.

Todas las funciones laborales, todos los distintos procesos de trabajo, son importantes, pues todos coadyuvan a la economía nacional, dando cumplimiento a una ley inexorable que es la división del trabajo, sin la cual sería imposible el progreso social y el desarrollo económico, ya que todos se verían obligados a satisfacer sus necesidades elaborando los mismos productos que consumen. Esto lo ha visto muy bien Mella, que habla del trabajo como algo «integral», que comprende no solamente el físico, sino el mismo intelectual —en el que es muy importante la investigación científica—, y el de los servicios, como el jurídico que hace posibles las relaciones humanas. Según esto, no hay trabajo, por humilde y sencillo que sea, despreciable, pues unas tareas concretas sin la ayuda de las demás serían imposibles. De aquí nace la consideración social y económica del trabajo y del trabajador, como de la solidaridad entre los hombres nace su consideración política, y del precepto divino la moral.

La economía y todo lo que a ella se refiere —y por tanto la relación entre precios y salarios, entre jornada laboral y remuneración, entre especialidad cualificada y honorarios—, no puede escapar a las consideraciones

de la justicia, como ésta se halla sometida a la moral. Justicia y moral han de presidir, pues, toda política social. Un salario será justo y moral cuando atienda a satisfacer las necesidades presentes del trabajador y su familia, y pueda atender, por medio de un prudente ahorro, a las que habrán de presentarse en el futuro. Otro punto digno de tenerse en cuenta es el que postula la concesión al trabajador de las facilidades oportunas que le permitan realizar su natural anhelo de llegar a tener algo propio, de ser propietario, de mejorar su suerte y condición.

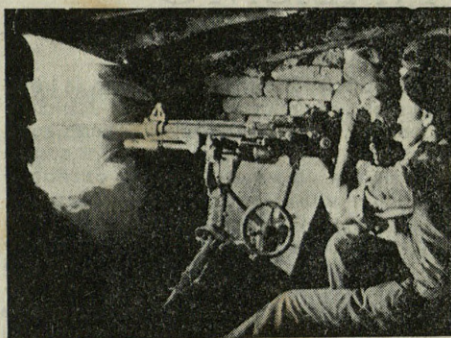
El Tradicionalismo es lo más opuesto que hay al Estado providencia, porque no es partidario del socialismo. Se interesa por la suerte y el porvenir de los trabajadores, pero cree que deben ser ellos mismos los que administren el dinero que aportan. El liberalismo destruyó las asociaciones de trabajadores, los gremios, pero hoy el socialismo los ha vuelto a inventar con los sindicatos. El Tradicionalismo no inventa, apoya y ayuda a las organizaciones nacidas, natural y espontáneamente, del seno social. Esto hace más reales las prestaciones médicas y asistenciales, pues es más fácil que los de la misma profesión conozcan sus respectivas necesidades, y las atiendan con mayor solicitud que pueden hacerlo los servidores de una burocracia despersonalizada y anónima.

Naturalmente que no se pueden esbozar aquí todos los puntos de un programa de política social, según lo entiende el Tradicionalismo. Estas líneas sirven únicamente como puntos de referencia, tendencias y espíritu, para las mil incidencias y problemas que presenta a cada paso la vida corriente.

UN TERCIO
DE REQUETES
LAUREADO:

El de Nuestra Señora de Montserrat

ANECDOTAS DE LA BATALLA DEL EBRO



«El balance de la operación es en extremo doloroso:

Se ha perdido lo mejor de lo mejor de los efectivos entre los 58 muertos y los 170 heridos, suma gloriosa de las bajas en aquella jornada.

Prácticamente el Tercio de Montserrat ha quedado deshecho por segunda vez.

Allí ha muerto ¡Miguel Regás Castells!, Alférez valeroso, uno de los apellidos más prestigiosos de la industria hotelera de Barcelona.

Avanzó al frente de su sección de choque en vanguardia, desafiándolo todo y animándolo todo con su arrojo, hasta que, alcanzado por una ráfaga de ametralladora, ha quedado allí en el suelo, tiñendo la gloria de su boina con el rojo de su sangre.

Sus requetés han sido dignos del joven oficial que los mandaba, y, de 40 hombres que formaban la Sección aquella mañana, han resultado muertos 23, heridos 14, y sólo 3 han salido ilesos.

¡Así ha acabado la Sección de choque! Allí ha muerto el Sargento Juan Molist Marmanau.

Durante aquellos breves días de descanso en la vaguada de Gandesa, le llegó la noticia de que su joven esposa acababa de llegar a la España nacional después de traspasar a pie la frontera francesa.

El acudió nuevamente a la Comandancia, en busca de un brevísimo permiso: no se lo concedieron.

Sin duda él, presintiendo su próxima muerte, expresó confidencialmente a su Alférez el propósito de marchar sin permiso, tan sólo un par de días, con objeto de abrazar a su esposa. ¡Y no

19 de agosto había caído como un héroe, al frente de los suyos.

Allí ha muerto Martín Catasus Blanch.

Joven estudiante de medicina, había dejado en Barcelona a su madre viuda suspirando por la muerte de su hijo único.

Había sido el animador principal de aquel «servicio particular de propaganda» que el Tercio cada noche dirigía a los rojos y había encontrado la muerte atendiendo a los heridos en pleno combate en calidad de practicante de «choque».

Allí han muerto los dos hermanos José María y Saturnino Guardia Fort, mientras el otro —Luis— quedaba gravemente herido.

El primero, cabo de fusil ametrallador, uno de los más veteranos en edad, condecorado con la Medalla Militar individual, ha muerto durante el asalto, con el pecho aserrado por una ráfaga de balas.

El segundo, seminarista, angelical, herido primero en la muñeca, ha muerto después de larga y dolorosa agonía, sin uno sola queja, con el vientre destrozado por una bala explosiva.

El nombre de los siete hermanos Guardia-Fort, luchando conjuntamente en distintas unidades del Ejército Nacional, es un símbolo de la participación de Cataluña en la Cruzada española y un hecho ejemplar —tal vez único— digno de conocerse para admirarse.

Al iniciarse el Movimiento Nacional, su pueblo froterizo —Freixanet— también sufrió la persecución marxista.

Saqueada la Iglesia, el párroco halló

era soldado que faltase nunca a la disciplinal

El Alférez Daunis, que también tenía su esposa en zona roja y sabiendo que en aquellos días el Tercio de Montserrat no tomaría parte en ninguna operación, comprendió con más facilidad.

Y el Sargento Molist, a los tres días, después de abrazar a su esposa, estaba de nuevo al frente de su pelotón, y aquel

amorosa hospitalidad en «el mariner», la casa solariega de los Guardia.

Pronto el Comité rojo les advirtió que habían de expulsar al sacerdote. La respuesta de aquéllos siete hermanos fué unánime: «Si el Párroco no puede estar en casa, nosotros tampoco». Y los siete, con el sacerdote, pasaron la frontera francesa y se marcharon a luchar a la España Nacional.

Su padre, viejo carlista de pura cepa, fué detenido por el Comité rojo de Puigcerdá, y, severamente interrogado del por qué estaban sus «cinco hijos» luchando al lado de los nacionales, su respuesta fué llana, educada, sublime:

«Perdonad, les dijo, pero os equivocais: no son cinco, sino siete los hijos que tengo allá».

A todos les recordaba con cariño y envidia de su suerte: Jaime, Juan, José María, Luis, Joaquín, Saturnino y Ramón.

Perdidos los estribos, con rabiosos golpes en la mesa, los miembros del Comité seguían inquirendo un «por qué» que no se explicaban.

Y el padre, aquel viejo carlista, se lo dió con la sencillez y la serenidad del que está seguro de lo que dice: «Es que sólo tengo siete...».

Los del Comité lo dejaron por loco».

De la obra de S. Nonell: «El Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat». 1956.

